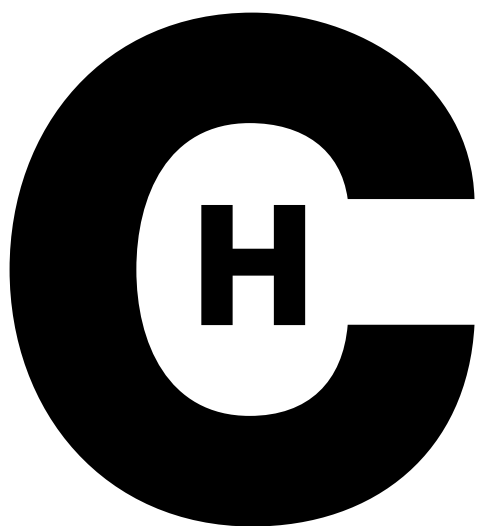




754
abril 2013

**Cuadernos
Hispanoamericanos**

754 Índice

Mesa revuelta

Gustavo Valle: <i>Laboratorios de extranjería</i>	7
José María Herrera: <i>Ismail Kadaré y el totalitarismo</i>	17
Andrés Catalán: <i>Diálogo con Robert Pinsky</i>	37
José Manuel Cuesta Abad: <i>Harold Bloom o la lección de lo sublime</i>	45
Francisco Fuster García: <i>Imagen periodística de Julio Camba</i> .	67
José Antonio Llera: <i>Soñando con Lobo Antunes debajo de las aguas</i>	81

Entrevista

Carmen de Eusebio: <i>Andrés Neuman: «La tensión del estilo y la vida interior del personaje»</i>	93
---	----

Octavio Paz (1914-1998)

Guillermo Sheridan: <i>Octavio Paz: cartas de Mérida</i>	105
--	-----

Creación

Luis Alberto de Cuenca: <i>Siete poemas</i>	147
---	-----

Biblioteca

Juan Ángel Juristo: <i>Neuman: mirar las espaldas</i>	157
Blas Matamoro: <i>El joven Murena</i>	161
Julio César Galán: <i>El Quijote en el tiempo de Francisco Rico</i> . .	168
Esther Ramón: <i>El cuerpo infinito</i>	174
Isabel de Armas: <i>Diálogo entre historia y pintura</i>	179

Imagen periodística de Julio Camba

Francisco Fuster García

En su conversación misma, Julio Camba, que había escrito invenciones admirables, páginas de observación verdaderamente prodigiosas, en las que ni su permanente actitud de humorista oficial deformaba un costumbrismo de la mejor genealogía, era una criatura decididamente aliteraria. Ni hablaba nunca de literatura ni se expresaba como un profesional de ella, tal vez porque, en realidad, pensando que profesión viene de fe, no era un profesional.

– Prefiero morirme de hambre a escribir – me dijo en una ocasión.

Y añadió:

– ¿Sabe usted mi único odio auténtico? Al miserable que inventó la imprenta

César González-Ruano

«El solitario del Palace» (*ABC*, 2-III-1962)

En la «Advertencia leal contra los libros de viajes» que sirve de prólogo a *Aventuras de una peseta* (1923) se compadecía Julio Camba de su incapacidad para ver más allá del siguiente artículo; para cualquier persona con la mente limpia, explicaba el periodista, el desierto es el desierto y el bosque es el bosque, con todos sus rasgos y todos sus matices. Para él, en cambio, el mundo no era más que un cúmulo de realidades dispares cuya grandiosidad o insignificancia no les evitaba terminar igual: reducidas a «una superficie literaria de 150 centímetros cuadrados». Ya lo había dicho el cronista gallego en un texto –«Cómo escribo mis artículos»– publicado años antes y luego incorporado a *Londres*, cuando admitía su tendencia irreprimible a hacer del artículo la medida

de todas las cosas, por una deformación profesional convertida en obsesión que le hacía pensar la vida en términos de columnas y crónicas. Esa obligación de la entrega diaria, que pesa sobre el escritor de periódicos como una espada de Damocles, había dejado de ser una disciplina más o menos asumible (aunque fuese a regañadientes y por la pura necesidad económica de la supervivencia), para convertirse en una onerosa carga, incompatible con la existencia ociosa a la que un *bon vivant* como él debía aspirar. Esa vida de diletante que Camba lamentaba no poder permitirse, pues la necesidad de escribir *pane lucrando* le había transformado en una especie de «fábrica de artículos»:

«Yo lo mismo hago un artículo con una noticia de tres líneas que leo en el *Daily Telegraph*, que con las obras completas de Voltaire. Yo me voy al mar, por ejemplo. No cabe duda de que el mar es una cosa grande y hermosa. Pues para mí como si fuese un sombrero de paja. Toda su hermosura y toda su grandeza yo la reduzco rápidamente a una columna escasa de periódico; mando las cuartillas a su destino, y ya se han acabado para mí los encantos del mar, y, como los encantos del mar, las mujeres bonitas, y como las mujeres bonitas las obras maestras, y como las obras maestras las catedrales góticas, y los buques de guerra, y los campos sonrientes, y la primavera, y las fiestas movibles y todo. El articulista no puede gozar de nada, porque todo, en su organismo, se vuelve literatura, así como esos enfermos que no gozan de ninguna comida porque todas ellas se les convierten en azúcar. Esos enfermos son fábricas de azúcar, y nosotros somos fábricas de artículos».

Quienes conozcan un poco la biografía de Julio Camba (Vilanova de Arousa, 1884 – Madrid, 1962) sabrán que más allá de la ironía y la provocación, en estas reflexiones de tono personal que el inquieto periodista solía incluir de vez en cuando en sus crónicas también hay una parte de verdad que tiene mucho que ver con el oficio de periodista y con esa necesidad que siempre sintió Camba de rentabilizar cualquier experiencia vital como material de trabajo para esa literatura perecedera que es la prensa diaria. A diferencia de lo que le sucede al novelista o al poeta, que se permi-

ten el lujo de alternar trabajo con descanso, temporadas de mayor creatividad intelectual con rachas de sequía en las que la pluma no se desliza con soltura, al columnista no le está permitido depender de la inspiración. Al contrario, no solamente se le pide puntualidad en las entregas (de lo contrario se arriesga a fallar a su cita diaria con el lector amigo y a que este se busque una compañía más fiel en otro lado), sino que, además, se le exige un imposible: que la calidad de las colaboraciones sea siempre la misma, sin altibajos. Sin embargo, pensaba Camba, quien escribe a diario no está obligado a ser siempre genial; y menos todavía quien como él, tenía la mala suerte de dedicarse a un género en el que uno se somete cada día a un riguroso examen: «Yo soy un escritor de artículos cortos, cosa terrible, porque los artículos cortos se leen. Estoy aislado en el espacio, y sólo me puedo ocultar en el tiempo escribiendo con asiduidad» («No es posible escribir artículos geniales», *El Sol*, 12-III-1919).

No obstante estas quejas, Camba es merecidamente conocido por su faceta de escritor viajero y por haber descollado en un género tan cultivado por los escritores españoles (Azorín, Josep Pla, César González-Ruano, Jacinto Miquelarena, Eugenio Montes) –y por los modernistas hispanoamericanos (Rubén Darío, Enrique Gómez Carrillo, Amado Nervo, José Enrique Rodó)– de la primera mitad del siglo XX como es el de la crónica enviada desde el extranjero. Es por esto mismo por lo que comparto la opinión expresada por Pedro Ignacio López en su biografía del pontevedrés cuando concluye que fue la decisión de convertirse en corresponsal lo que salvó su carrera cuando tuvo que elegir «entre continuar siendo un bohemio de las noches de Madrid, un periodista político eficaz pero previsible, y parecer un dandi a la moderna, muy siglo XX, logrando un nuevo estilo de crónica». En efecto, Camba eligió probar suerte como corresponsal y acertó de lleno en su decisión, pues no solo supo sacar todo el jugo a cada una de las ciudades que visitó, sino que encontró la «fórmula mágica» para su éxito en ese género híbrido entre la información y la opinión –la crónica– al que logró llevar a su máxima expresión. Con los ojos bien abiertos y siempre dispuestos a registrar todo lo aprovechable para poder ser después reelaborado, viajó por el mundo ofreciéndonos una imagen distinta de la realidad y forjando –casi sin darse cuenta– un estilo

propio que ejemplifica como ningún otro ese principio sintetizado por Miguel Mihura en un pasaje de sus memorias: «El humor es verle la trampa a todo, darse cuenta de por dónde cojean las cosas; comprender que todo tiene un revés, que todas las cosas pueden ser de otra manera, sin querer por ello que dejen de ser tal como son, porque esto es pecado y pedantería».

Y es que, en contra de lo había sido habitual en los escritores viajeros del siglo anterior, más que fijarse en el dato exótico o en el tipo pintoresco, Camba puso su lupa sobre lo cotidiano, demostrando una especial habilidad para el razonamiento metonímico: para la deducción de conclusiones generales a partir de la observación de detalles corrientes, de hechos aislados. A diferencia del típico turista que busca visitar los lugares de interés de cada ciudad recomendados por las guías, su ideal era el del *flâneur* ocioso que disfruta con el vagabundeo callejero, y su filosofía de vida la de esos hombres –hoy tan comunes en nuestro paisaje urbano– que se paseaban por el Londres de principios de siglo tratando de amortizar su vagancia, emparedados en un doble cartel de publicidad que les cubría pecho y espalda:

«Mi ideal es vivir en el extranjero libremente, sin cable alguno que me una a la administración de un periódico español; vivir en el extranjero como el pez en el agua y no como el buzo. Yo quisiera independizarme completamente de España, y para conseguirlo no tengo más que un recurso: hacerme un hombre *sandwich*. La profesión de hombre *sandwich* no es muy lucrativa, pero es filosófica; es de una filosofía escéptica y peripatética, que se aviene muy bien con todos mis principios. Antes que endosar la chistera del *business-man* e irme a trotar por las calle de la City, yo prefiero ponerme un cartel en el pecho y otro en la espalda y pasar lentamente por Piccadilly y Regent Street. El cartel yo puedo soportarlo; al fin y al cabo, un cartel es publicidad; cuando me encartelen, me haré cargo de que me he trasladado a las primeras páginas de la prensa. En cambio, esa odiosa chistera que se pone aquí todo el mundo para ir a la City, yo no la aceptaré nunca.

En realidad, esto de ser hombre *sandwich* no constituye precisamente una profesión, sino algo infinitamente más elevado:

una filosofía. El hombre *sandwich* no hace nada. Anda, callejea, curiosear, huele... No se diferencia del vago ordinario más que en que tiene un cartel. Es decir, que el hombre *sandwich* es un vago, sólo que es un vago que administra su vagancia poniéndola al servicio de las agencias de publicidad. ¿Puede haber algo más seductor para un español?». («Los hombres *sándwich*», *La Tribuna*, 1-III-1913)

Para desgracia suya, jamás consiguió ese ansiado puesto y se tuvo que conformar con pasar muchos años de su vida fuera de España, viajando por todo el mundo gracias a su trabajo como corresponsal.

De la condena de escribir al placer de viajar: el oficio de corresponsal

«Un día el director de un periódico donde yo trabajaba me metió algunos billetes en el bolsillo y me mandó a París. Mis artículos de entonces, como los que más tarde escribí desde otras capitales, tenían la pretensión de estudiar experimentalmente el carácter nacional; pero el único sujeto de experimentación que había en ellos era yo mismo. Yo estoy en mis colecciones de crónicas extranjeras como una rana que estuviese en un frasco de alcohol. El lector puede verme girar los ojos y estirar o encoger las patas a cada momento. Lo que parece críticas o comentarios no son más que reacciones contra el ambiente extraño y hostil. Yo he ido a París, y a Londres, y a Berlín, y a Nueva York con una ingenuidad y una buena fe de verdadero batracio. Y si lo que quería mi director era observar el efecto directo de la civilización europea sobre un español de nuestros días, ahí tiene el resultado: una serie constante de movimientos absurdos y de actitudes grotescas».

Julio Camba, *La rana viajera* (1920)

La tranquila infancia de Julio Camba en la pequeña localidad de Vilanova de Arousa no haría presagiar la vida de trotamundos que el destino le tenía reservada a nuestro protagonista. Hijo de una familia modesta y sin grandes recursos de la que, sin embargo,

iban a salir un par de escritores (su hermano mayor, Francisco, fue novelista), ya en su entrada a la adolescencia dio muestras de una personalidad sensible que aunaba la inquietud propia de la edad con una temprana vocación literaria que iba a resultar premonitoria. Ilustrativa de estos años mozos en tierras gallegas es una anécdota según la cual, y en un último intento de darle una buena educación, sus padres habían pretendido su ingreso en un seminario. La respuesta del pequeño Julio, quien se opuso en redondo al internamiento aduciendo una incompatibilidad de principios, da buena idea del espíritu insumiso que desde entonces le iba a caracterizar:

«Tenía yo diez o doce años cuando un señor piadoso habló a mis padres y les ofreció costearme la carrera de cura. Yo había comenzado entonces a fumar y estaba ensayándome en echar el humo por las narices. El acto de echar humo por las narices era para mí el signo más fuerte de la virilidad, y yo lo ejecutaba solemnemente delante de mi novia, la cual ya vestía de largo. En aquella época faltaba yo frecuentemente a la escuela y a la misa. La misa me indignaba más todavía que la escuela, y en el atrio de la iglesia solía yo hacer gala de un escepticismo volteriano que era el terror de mi novia. ¡Tener novia, echar humo por las narices y estar en el secreto de las cosas de iglesia!... Sólo me faltaba una capa y un poco de bigote para ser un don Juan ateo, seductor y cruel, como el de una compañía ambulante de fanticos que había estado recientemente en el pueblo.

Cuando mis padres me propusieron que me fuera a Santiago para ingresar en el Seminario, yo introduje las manos en los bolsillos de mi pantalón –el primer pantalón largo que usé– y sonreí con una sonrisa sardónica, adjetivo para las sonrisas que yo había encontrado en un folletín del Sr. Tárrago y Mateos, y que usaba en todas las circunstancias un poco importantes.

– Mis ideas –dije con una gran prosopopeya en contestación a mis padres– no me permiten ser cura». («Los curas de aldea», *El Mundo*, 4-VI-1908)

Pocos años después, en 1900, estas mismas ideas de libertad le llevarían a escaparse de casa para esconderse en un barco de emigrantes que viajaba a la Argentina. Con solo dieciséis años, Cam-

ba llega a esa urbe caótica y en pleno crecimiento que es el Buenos Aires de principios de siglo, donde entra en contacto con grupos anarquistas y publica artículos de contenido político en distintos periódicos libertarios. A finales de 1902 es expulsado del país por sus actividades subversivas en favor de la revolución social y vuelve a España con una fama de anarquista que le acompañará durante sus primeros años en la Villa y Corte, donde aterriza en 1903 con el firme propósito de ganarse la vida escribiendo. Desde ese momento y hasta su primer viaje a Turquía como corresponsal, Camba escribirá para numerosos periódicos y revistas de la capital e irá escalando posiciones en la carrera por hacerse un nombre como escritor. Colaborará primero en publicaciones anarquistas como *Tierra y Libertad*, *La Revista Blanca* o *El Rebelde* (semanario de nombre revelador y vida breve que él mismo funda y dirige) y trabajará después como «redactor de mesa» –cobrando todavía muy poco– en diarios progresistas o republicanos como *El Radical*, *El País* o *España Nueva*, donde publica unas interesantes crónicas parlamentarias.

En octubre de 1907 vemos su firma por primera vez en el recién creado diario *El Mundo*, donde mantendrá una sección fija –«Palabras de un mundano»– en la que irá publicando decenas de artículos durante casi un año, hasta septiembre de 1908. El paso por este periódico le abrirá de alguna forma las puertas de acceso a los medios más serios de la prensa capitalina, pues es claramente el éxito de esta colaboración el que le hizo merecedor de la invitación de Leopoldo Romeo –director de *La Correspondencia de España*– para incorporarse a su nutrida plantilla de corresponsales. Es en este momento cuando inicia una larga carrera como periodista en el extranjero que le posibilitará viajar por toda Europa y Estados Unidos, escribiendo desde ciudades como Constantinopla, Londres, París, Berlín, Ginebra, Roma o Nueva York. El punto de inflexión en esta brillante trayectoria como corresponsal se produce sin duda alguna en el otoño de 1913, cuando tras una larga travesía por cabeceras y revistas de toda índole, llega al que se convertirá en su periódico «de toda la vida», ese con el que siempre se le identifica. Me refiero, por supuesto, al prestigioso diario *ABC* de Torcuato Luca de Tena, que gracias a una oferta irrechazable logró incorporarle a su ya selecta nómina de colabo-

radores. Con este paso decisivo, quien en su juventud había sido *enfant terrible*, un humilde jornalero de la prensa anarquista y republicana, se convertía ahora –ya alcanzada la madurez– en firma estrella de un medio monárquico y conservador.

Su primera estancia en los Estados Unidos, donde viaja enviado por el *ABC* en 1916, coincidirá en el tiempo con la aparición de sus tres primeros libros –*Playas, ciudades y montañas, Alemania: impresiones de un español* y *Londres: impresiones de un español*– en circunstancias más bien atípicas. Como explicó el propio Camba décadas después, en el prólogo a sus *Obras Completas*, la idea de agrupar sus mejores artículos en tres antologías fue del editor y director literario de Biblioteca Renacimiento, Gregorio Martínez Sierra, quien le hizo la propuesta y quien –aprovechando que el interesado se encontraba en Nueva York– envió a un ayudante a la Biblioteca Nacional para que copiara *in situ* los textos. Meses después, los que habían sido artículos de periódico salían de la imprenta convertidos en libros sin que nuestro autor, más preocupado por entonces en mantener su estatus de periodista reconocido que en difundir lo que ni tan siquiera imaginaba que pudiera llegar a ser una «obra literaria», hubiese participado apenas en todo el proceso. No sucedió lo mismo con sus sucesivos libros, pues el gallego se percató con aquel episodio de lo válido de aquel formato para promocionar su nombre y, sobre todo, de lo bien que le venía a sus siempre necesitados bolsillos la aparición de aquella nueva fuente de ingresos.

En otra coincidencia editorial curiosa, mientras Camba viajaba de un lado a otro por Europa (periplo que también fue recreado en forma de libro con la publicación en 1923 de *Aventuras de una peseta*), apareció uno de sus títulos más conocidos: *La rana viajera* (1920), una excelente antología con los mejores artículos sobre España y los españoles aparecidos durante los dos años previos en el diario *El Sol*. En comparación con la anterior, la década de los veinte fue muy tranquila para el periodista, que pasará la mayor parte del tiempo en Madrid, donde publicará tres nuevas obras no compuestas por crónicas de viaje: los volúmenes misceláneos *Sobre casi todo* y *Sobre casi nada*, ambos de 1928, y el delicioso *La casa de Lúculo o el arte de comer* (1929), un ensayo sobre gastronomía y modales en la mesa que pasa por ser uno de sus textos más leídos y reeditados.

Como no podía ser de otra forma, una de las noticias que más impactó le causó y más ilusión –aunque duró muy poco– le generó, le pilló también lejos de su país, concretamente en Nueva York, donde residía como corresponsal del *ABC*. Allí se enteró Camba de la proclamación de la República en España, cosa que le hizo volver precipitadamente con la expectativa aparentemente fundada de ser gratificado por el nuevo gobierno con un cargo de embajador. Lamentablemente para él, y aunque muchos escritores e intelectuales de su generación sí que fueron agraciados con un destino como diplomáticos del nuevo régimen, su ideología conservadora y –por qué no decirlo– la poca habilidad a la hora de jugar sus cartas en el resbaladizo terreno de los favores políticos, hicieron que se quedara sin ese «premio» a toda una carrera como español viajero. De esta frustración por lo que consideró un auténtico agravio nacerá su libro más polémico: *Haciendo de República* (1934).

Sin la ilusión y sin las fuerzas de sus años jóvenes, pasa una década más bien discreta entre Madrid y Portugal, hospedándose en hoteles y escribiendo a un ritmo muy irregular. Desde el punto editorial, sin embargo, son años de una actividad importante, pues a la aparición de dos nuevos libros en 1945 (*Esto, lo otro y lo de más allá* y *Etc., etc.*) se suma la reedición de sus títulos más conocidos en la célebre colección «Austral» de Espasa Calpe y la publicación de los dos volúmenes de sus *Obras Completas* (1948) en la Editorial Plus Ultra. A su vuelta a Madrid en 1949, y tras haber sufrido en Lisboa unos primeros achaques que presagiaban sus futuros problemas de salud, se instala en la habitación 383 del Hotel Palace, la misma que ya no abandonará hasta su muerte el 28 de febrero de 1962.

Se ponía fin con ello a toda una vida dedicada al oficio de corresponsal que, de alguna manera, le hizo más llevadera esa pesada molestia de la escritura diaria. Cansado y solo (no se casó nunca ni tuvo descendencia), vive sus últimos años con la única compañía de generosos amigos que acuden a visitarlo y a dar paseos con él de vez en cuando, reviviendo anécdotas y recordando aquellos maravillosos años. Aunque cueste de creer, Camba es ahora un hombre sedentario y mayor que se conforma con muy poco; la «rana viajera» se ha convertido en «el solitario del Palace».

Cuando el periodismo se podía leer: el rescate de Julio Camba

«De un poco de miedo quedarse aquí solos, en un mundo que no se entiende bien, lleno de incongruencias, sin un hombre al lado como Julio Camba que nos ponga las cosas en claro y nos explique científicamente y en dos palabras que lo normal y lo sensato es lo incongruente y que, por lo tanto, no hay ningún problema ni ningún motivo de preocupación. Solo él sabía convencernos de estas extrañas cosas como nadie».

Miguel Mihura

«Solos, sin Camba», *ABC* (1-III-1962)

Que la mayoría de historias de la literatura española —centradas por lo general en los géneros clásicos que establecen el «canon»— han pasado por alto la obra de grandes escritores solo por el hecho de que está fue escrita en el soporte de la prensa diaria es tan cierto como que en los últimos años, y merced al buen olfato o gusto de una serie de editores, algunos de estos desheredados de la fortuna han conquistado un pequeño lugar en los estantes de novedades de la librerías.

De esta manera, la reciente reedición de las obras más conocidas —y de otras que lo son menos— de periodistas como César González-Ruano, Manuel Chaves Nogales, Wenceslao Fernández Flórez o el propio Julio Camba, ha propiciado que las generaciones más jóvenes descubran algo: que el comentario de opinión sobre cualquier asunto de actualidad (eso que luego hemos dado en llamar «columna» periodística) no nació en España con Francisco Umbral o con Manuel Vázquez Montalbán. Y es que, efectivamente, la tradición española es relativamente rica —si no en cantidad, sí al menos, en calidad— en miembros de esa especie literaria a la que César González-Ruano gustaba de llamar el escritor «en periódicos», en contraposición a esa otra figura —el escritor «de periódicos»— con la que, según él, erróneamente se le confundía. La diferencia que establece la preposición, insistía el articulista madrileño, es la misma que existe entre el periodista de profesión que ejerce una labor básicamente informativa, y el escritor vocacional que, por circunstancias de la vida, derivadas por lo general de la necesidad de supervivencia, se ve obligado a levantar parte de

su obra literaria sobre ese noble –pero siempre efímero– andamiaje que son las hojas de un diario o de una revista.

Exceptuando unas pocas pero muy valiosas aportaciones, la obra de estos autores no ha sido recuperada por la academia, sino por una serie de pequeñas editoriales que, viendo la buena acogida por parte de los lectores, han apostado en los últimos años por levantar ese especie de castigo que pesaba sobre la memoria de quienes en su día coparon páginas y páginas de las revistas y los periódicos más prestigiosos de la época. En términos cuantitativos, es innegable que se ha hecho una labor estimable, pero no es menos cierto que todavía quedan autores y obras a la espera de un editor sensible que se anime a bucear en la hemeroteca para descubrir joyas ocultas entre esas hojas amarillentas que hoy ya podemos consultar en formato digital.

En el caso particular de Julio Camba, cuyo rescate demandé meses atrás en un breve ensayo en el que daba un repaso a la suerte –o la mala suerte– editorial de su obra en las últimas décadas, la conmemoración en 2012 del cincuenta aniversario de su muerte ha despertado el interés de varios sellos que han apostado decididamente por reeditar algunos de sus libros más significativos. Con ello, el lector actual tiene la posibilidad de acercarse a parte de una producción a la que –al menos en varios de sus títulos– hasta ahora era imposible acceder si no se recurría a las librerías de segunda mano para encontrar bien las primeras ediciones ya muy antiguas (y por consiguiente muy caras), o bien las más accesibles reediciones que hizo entre los cuarenta y los ochenta Espasa Calpe en su colección «Austral», sin duda el instrumento que mejor ha contribuido a difundir el nombre del escritor pontevedrés entre los lectores hispanohablantes de ambos lados del Atlántico. Pero todavía quedan libros de Camba pendientes de que alguien se anime a volverlos a poner en circulación; por no hablar de los miles de artículos publicados en varios periódicos que aún permanecen inéditos (de todo lo escrito por Camba en los diarios solamente una cuarta o una tercera parte vio la luz en formato libro) y susceptibles de integrar nuevas antologías –en 2013 está prevista la aparición de varias de ellas (ver la bibliografía recomendada al final)– que nos descubran facetas de la vasta y rica obra del periodista vilanovés hasta ahora desconocidas.

Decía nuestro protagonista en un artículo originalmente publicado en el diario *El Sol* y luego incorporado a su libro *Sobre casi nada* (1928) que «para obtener el respeto y la consideración de sus conciudadanos, lo primero que tiene que hacer el español es morir». Dejando de lado el tono deliberadamente provocador de la sentencia, que no se ajusta del todo al caso real del propio escritor pontevedrés, quien llegó a ser uno de los periodistas más leídos y mejor pagados de España, sí hay que reconocer que en el reparto de méritos y honores en el que se convierte a veces la historiografía literaria, el nombre de Julio Camba no ha sido quizá de los más afortunados. Pero ya hemos visto que el no aprecio de esa literatura española dispersa en la prensa ha sido una norma y no una excepción, de modo que el agravio es relativo y, desde luego, compartido. Menos entendible es esa especie de condena editorial que hizo que durante casi cuatro décadas, las que van entre finales de los sesenta, cuando se reedita *Haciendo de República* (Plus Ultra, 1968), y mediados de los noventa, cuando se reeditan por primera vez *Esto, lo otro y lo de más allá* (Cátedra, 1994) y la antología *Mis páginas mejores* (Espasa Calpe, 1996), la obra de Camba cayera en un largo e inexplicable olvido del que poco a poco está logrando escapar.

La recuperación de la obra cambiana –como la de otros grandes escritores en prensa que hemos tenido en España– me trae a la memoria al gran Oscar Wilde, a quien le preguntaron una vez cuál era según él la principal diferencia entre la literatura y el periodismo que se hacía en su época. «La diferencia entre la literatura y el periodismo actual –respondió el autor de *Dorian Gray*– es que mientras la primera apenas se lee, el segundo es sencillamente imposible de leer».

Si llamamos «periodismo» (que lo podemos hacer, siempre y cuando sepamos advertir la diferencia) a la producción de estos autores, es evidente que no estoy de acuerdo con Wilde, pues el periodismo que todos ellos ejercieron no solamente se puede, sino que se debería leer, aunque solo fuera para descubrir que hubo un tiempo en España –que no era el de la Inglaterra victoriana, pero era el de los Pla, Azorín o el propio Camba– en el que el periodismo escrito en este país se podía leer. Hoy la prensa española es muy distinta de aquella, pero nos queda la hemeroteca y el trabajo

de editoriales que durante los últimos tiempos, y sobre todo a raíz de la fecha señalada del 2012, se han acordado de un periodista gallego del que ya casi nadie se acuerda. Porque, paradojas de la vida (o de la muerte), si para algo ha servido la efeméride del cincuentenario de su fallecimiento ha sido para confirmar que, gracias al empeño de editores y lectores que de una forma y otra le insuflan vida, ese genial escritor «en periódicos» –por usar la fórmula de González-Ruano– que fue Julio Camba no solo no está muerto, sino que parece cada vez más vivo. ©

Bibliografía recomendada

- Alarcón Sierra, Rafael, *Una rana viajera: las crónicas y los libros de viaje de Julio Camba*, Renacimiento, Sevilla, 2010.
- Camba, Julio, *Playas, ciudades y montañas*, Prólogo de Francisco Fuster García, Madrid, Reino de Cordelia, 2012 [1916].
- *Londres: impresiones de un español*, Prólogo de Francisco Fuster García, Madrid, Reino de Cordelia, 2012 [1916].
- *Alemania: impresiones de un español*, Prólogo de Francisco Fuster García, Sevilla, Renacimiento, 2012 [1916].
- *Caricaturas y retratos: semblanzas de escritores y pensadores*, Edición y prólogo de Francisco Fuster García, Madrid, Fórcola, 2013.
- *Crónicas de viaje: impresiones de un corresponsal español*, Edición, introducción y notas de Francisco Fuster García, Madrid, Fórcola, 2013 [en prensa].
- Fuster, Francisco, «Cincuenta años sin Julio Camba: razones para un rescate editorial», en *Ojos de Papel*, febrero de 2012.

- Galindo, Fermín, *Julio Camba: unha lección de xornalismo*, Santiago de Compostela, Ediciones Lea, 2002.
- Llera, José Antonio, *El humor en la obra de Julio Camba: lengua, estilo e intertextualidad*, Madrid, Biblioteca Nueva – Diputación de Pontevedra, 2004.
- López García, Pedro Ignacio, *Julio Camba: el solitario del Palacio*, Madrid, Espasa Calpe, Madrid, 2003.
- Revilla Guijarro, Almudena, *Periodismo y literatura en la obra de Julio Camba*, Vigo, Diputación Provincial de Pontevedra – Servicio de Publicaciones, 2002.